

Cuatro perspectivas para el análisis del concepto de populismo en la América Latina del siglo XXI

Four perspectives for the analysis of the concept of populism in Latin America in the 21st century

Quatro perspectivas para a análise do conceito de populismo na América Latina do século XXI

OLAF PINEDA NÚÑEZ*

RESUMEN: En este ensayo, exploramos las características de cuatro perspectivas desde las cuales se entiende el concepto de populismo, con el objetivo de identificar sus elementos constitutivos, así como su alcance y vigencia en el entendimiento de los procesos políticos que acontecen en América Latina bajo el actual desarrollo del capitalismo contemporáneo. Se sostiene que el populismo sirvió para caracterizar a algunos gobiernos de índole popular desde principios y hasta mediados del siglo XX, en América Latina, pero que bajo las actuales condiciones del desarrollo capitalista, las expresiones del populismo se vuelven confusas y contradictorias. Por ello, se concluye que una definición sobre el populismo debería ser capaz de identificar elementos constitutivos y estructurales que tomen en cuenta a los grupos sociales a partir de su pertenencia de clase, así como el momento del desarrollo capitalista en el que se desenvuelven.

PALABRAS CLAVE: *Populismo, capitalismo, gobierno, América Latina.*

ABSTRACT: In this essay, we explore the characteristics of four perspectives from which the concept of populism is understood, with the aim of identifying its constituent elements, as well as its scope and validity in understanding the political processes that occur in Latin America under the current development of the contemporary capitalism. It is argued that populism served to characterize some popular governments from the beginning to the middle of the 20th century in Latin America, but under the current conditions of capitalist development, the expressions of populism become confusing and contradictory. Therefore, it is concluded that a definition of populism should be able to identify constitutive and structural elements that take into account social groups based on their class belonging, as well as the time of capitalist development in which they operate.

KEYWORDS: *Populism, capitalism, government, Latin America.*

RESUMO: Neste ensaio, exploramos as características de quatro perspectivas a partir das quais o conceito de populismo é compreendido, com o objetivo de identificar seus elementos constitutivos, bem como sua abrangência e validade na compreensão dos processos políticos que ocorrem na América Latina no atual desenvolvimento do capitalismo contemporâneo. Argumenta-se que o populismo serviu para caracterizar alguns governos de natureza popular desde o início até meados do século XX na América Latina, mas que nas atuais condições de desenvolvimento capitalista, as expressões do populismo tornam-se confusas e contraditórias. Portanto, conclui-se que uma definição de populismo deve ser capaz de identificar elementos constitutivos e estruturais que levem em consideração os grupos sociais a partir de sua pertença de classe, bem como o momento de desenvolvimento capitalista em que se desenvolvem.

PALAVRAS-CHAVE: *Populismo, capitalismo, governo, América Latina.*

RECIBIDO: 31 de mayo de 2021. **ACEPTADO:** 27 de julio de 2021.

* Licenciado en Economía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Maestro en Estudios Latinoamericanos por la misma Universidad. Se especializa en el análisis económico y político de los gobiernos latinoamericanos del siglo XXI. <olaf.pineda@gmail.com>.

INTRODUCCIÓN

Desde el ascenso de los gobiernos latinoamericanos denominados progresistas al inicio del siglo XXI, el concepto de populismo volvió a tomar relevancia para intentar explicar el fenómeno político que representaban personajes como Hugo Chávez (1999), Lula da Silva (2003), Néstor Kirchner (2003), Rafael Correa (2007), Evo Morales (2006), entre otros; quienes con discursos anti-oligarquías y anti-neoliberales, se catalogaron como representantes de los intereses del pueblo, generando importantes movimientos políticos que serían neutralizados desde las derrotas electorales del peronismo en Argentina (2015) y el golpe parlamentario en Brasil contra Dilma Rousseff (2016).

El reparto político de los siguientes años ha estado plagado de personajes que han sido denominados populistas independientemente de su orientación política, desde Mauricio Macri en Argentina, Jair Bolsonaro en Brasil, Donald Trump en Estados Unidos y, más recientemente, Andrés Manuel López Obrador en México. El concepto de populismo ha sido utilizado desde hace algunas décadas como un adjetivo peyorativo, sinónimo de demagogia, que puede usarse indistintamente para proyectos políticos denominados de izquierda o derecha, vaciando así al concepto de su contenido original que sirvió para caracterizar a personajes y gobiernos de principios y mediados del siglo XX.

Aclarar el escenario político latinoamericano más allá de discursos y disputas electorales implica la necesidad de entender el momento del desarrollo capitalista en el que nos encontramos, y esto a su vez exige contar con las herramientas metodológicas, categorías y conceptos que nos permitan llevar a cabo esa tarea en los tiempos actuales. Según Marx:

Los hombres, al establecer las relaciones sociales con arreglo a su productividad material, producen también los principios, las ideas y las categorías conforme a sus relaciones sociales.

Por lo tanto, estas ideas, estas categorías, son tan poco eternas como las relaciones que expresan. Son productos históricos y transitorios (Marx, 1978: 68).

El concepto de populismo fue relevante para un determinado nivel de análisis del desarrollo capitalista latinoamericano desde principios y hasta mediados del siglo XX, sin embargo, al encontrarnos en una etapa del desarrollo capitalista distinto –dominado por una sociedad mayoritariamente urbana y profundamente interconectada con el mercado mundial a través de la producción flexible– conviene hacer una revisión de su especificidad y alcance, que permita utilizar el concepto adecuadamente para el análisis de los tiempos actuales en América Latina. De hecho, se trata de un concepto ampliamente utilizado en los estudios políticos de la región latinoamericana, cuyo surgimiento

data de hace más de un siglo.¹ Desde entonces, nuestra región ha pasado por diversas experiencias políticas en tiempos muy distintos, por lo que su entendimiento ha ido cambiando también con el tiempo. Es por esta razón que a la fecha se pueden encontrar múltiples perspectivas desde las cuales se sigue estudiando al populismo, muchas de ellas contrapuestas, pero también con elementos convergentes.

En América Latina, el populismo había sido en principio un concepto utilizado para analizar a los gobiernos de índole popular que irrumpieron en la escena política en las primeras décadas del siglo pasado, los cuales, mediante la movilización de las masas, habrían logrado romper con el dominio del *statu quo* imperante de las oligarquías locales aliadas a los capitales extranjeros. Este escenario se dio además en un contexto de intensos cambios económicos internacionales y locales, como la crisis internacional de 1929, la Segunda Guerra Mundial, el auge de la política de intervención del Estado en la economía, el crecimiento de las ciudades y el surgimiento de una nueva clase media.

En el siglo XX, la historia demuestra que los partidos populistas del hemisferio generalmente fusionaron líderes de clase media alta con seguidores de clase trabajadora urbana. Promovían, principalmente, reformas en las ciudades. Un líder carismático fraguó esta amalgama pluriclasista y la mantuvo unida. Estos movimientos habitualmente se asociaban a campañas en pro de la industrialización (como sustitución de importaciones). Esto servía como una forma ligera de nacionalismo económico y como respuesta a la urbanización que seguía una espiral (Drake, 1992: 15).

Los populismos más representativos de principios y mediados del siglo XX pueden identificarse con personajes que ocuparon las presidencias de sus respectivos países como Getulio Vargas en Brasil (1930-45, 1951-54), Juan Domingo Perón en Argentina (1946-55, 1973-74) y Lázaro Cárdenas en México (1934-40); pero también en personajes como José María Velasco en Ecuador (1934-35, 1944-47, 1952-56, 1960-61, 1968-72), Víctor Paz Estenssoro en Bolivia (1952-56, 1960-64, 1985-89), Arturo Alessandri en Chile (1920-24, 1925, 1932-38), entre otros. A este periodo de irrupciones populistas que terminaría en los años sesenta se le conoce ahora como populismo clásico.

A finales de los años ochenta y principios de los noventa, una nueva oleada de personajes que apelaron a las masas y lograron hacerse del poder político de sus respectivos países mediante procesos electorales, fueron representados como neopopulismos. Esta supuesta nueva generación de populismos difirió en muchos de los aspectos definitorios

¹ Previo a las experiencias latinoamericanas, en el siglo XIX, tanto en Estados Unidos como en Rusia se vivieron algunos movimientos populares a los que también se les conoce como populismo. En Rusia, el movimiento *narodniki* fue una corriente de pensamiento impulsada por socialistas utópicos que postulaban la posibilidad de saltar al socialismo sin tener que pasar por el capitalismo industrial. En Estados Unidos, un movimiento de *farmers* de los estados del oeste formaron el *people's party*, que pretendió tomar el poder político para combatir a los empresarios financieros del este, a las corporaciones ferroviarias y regresar el poder del gobierno al pueblo. Para más detalles sobre este tema véase García (2003).

del populismo clásico, pues impulsaron la apertura de sus economías nacionales al mercado mundial, en sintonía con la expansión de los grandes capitales financieros y la incipiente flexibilización de la producción global, lo cual a su vez fortaleció el poder de los grandes capitales nacionales ligados al mercado internacional, el de las oligarquías, aunado a la flexibilización del trabajo y la venta de empresas públicas, todo ello acorde a lo que se conoció como “políticas neoliberales”.

En particular, los neopopulistas abandonaron el intervencionismo económico del Estado para seguir la nueva onda del neoliberalismo. Además, los neopopulistas eran aún más enfáticos en denunciar los partidos políticos que sus antecesores. Y los neopopulistas estaban dispuestos a abandonar ciertos sectores que habían sido cruciales para los antecedentes clásicos, como por ejemplo los sindicatos y los magnates de la industria (Conniff, 2003: 32).

La denominación de “neo” en estos llamados neopopulismos, más que para identificar una nueva oleada de personajes con las características de lo que hasta entonces se había conocido como populismos, sirvió para identificar apenas un carácter de lo que posteriormente sería, en mayor o menor grado, el común denominador de los personajes calificados de populistas: la demagogia. En este marco, se suele identificar dentro del neopopulismo a personajes como Carlos Andrés Pérez en Venezuela (1974-79, 1989-93), Alberto Fujimori en Perú (1990-2000), Carlos Salinas en México (1988-94), Fernando Henrique Cardoso en Brasil (1995-2002) y Carlos Menem en Argentina (1989-99); todos ellos impulsores de las reformas neoliberales en sus respectivos países.

Décadas más tarde, como consecuencia de las reformas neoliberales y de profundas transformaciones productivas del capitalismo contemporáneo, así como la consolidación de una democracia posdictaduras de carácter excluyente, es que reaparecieron figuras capaces de movilizar a las masas de forma similar en que los populismos clásicos lo habían hecho.

La irrupción de Hugo Chávez en Venezuela, de Abdalá Bucaram y Rafael Correa en Ecuador, de Evo Morales en Bolivia, y más recientemente de Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, indican la aparición de discursos, comportamientos y políticas que tienen más afinidad con la idea clásica de populismo que con las variantes delegativas de la democracia. Incluso para algunos la aparición del llamado “populismo radical” se concibe como una saludable reacción a las limitaciones políticas y sociales que presentan las actuales democracias delegativas, como un intento de profundizar el proceso democrático a través de un estilo político que tiene aún fuerte arraigo en muchos países de la región y que permanece íntimamente ligado, en la memoria popular, con procesos significativos de incorporación y democratización política (De la Torre y Peruzzotti, 2008: 11-12).

Sin embargo, la discusión en torno al populismo y su conceptualización ha sido y sigue siendo un debate abierto, de posiciones contradictorias, pero también convergentes. El alcance del controvertido concepto ha sido de utilidad cuando ha servido para identificar procesos económicos, políticos y sociales en curso, pero también en sentido contrario: para nublar tales procesos ahí donde se utiliza inadecuadamente.

Este trabajo tiene por objetivo identificar los elementos constitutivos del concepto de populismo, así como su alcance y vigencia en el entendimiento de los procesos políticos que acontecen en América Latina bajo el actual desarrollo del capitalismo contemporáneo. Para ello, exploramos cuatro perspectivas en las que podemos agrupar el estudio del populismo; en la primera de ellas nos referimos a una perspectiva histórico-estructural, que entendió al populismo como un momento del desarrollo de la sociedad latinoamericana; la segunda, una perspectiva economicista, que concibe al populismo como un conjunto particular de políticas económicas; la tercera es una perspectiva discursiva, que asume al populismo como un discurso que divide la sociedad en polos antagónicos; y la cuarta perspectiva, una mirada desde la lucha de clases, que analiza al populismo como una alianza interclasista.

PERSPECTIVA HISTÓRICO-ESTRUCTURAL

Una primera perspectiva ampliamente difundida desde la cual se analiza al populismo, es aquella en la que se le entiende como un fenómeno político propio de una época particular, del paso de la sociedad rural a la urbana, de la industrialización por sustitución de importaciones y del todavía incipiente desarrollo de la democracia. Esta perspectiva se encuentra presente en la mayoría de los análisis sobre el populismo clásico, aunque enfrenta dificultades al analizar a los populismos del presente.

Por ejemplo, para Gino Germani (1973), el populismo es aquel fenómeno surgido de las contradicciones de la transición de la sociedad rural-tradicional a la sociedad urbano-industrial. Contrario a lo sucedido en los países europeos occidentales, donde la movilización de las masas –entendida como su integración a la producción, el consumo y la participación democrática– se correspondió con el desarrollo de los mecanismos formales e informales de carácter económico y político; en América Latina habría ocurrido al revés, aconteciendo la movilización antes de que los mecanismos para la integración económica y política de las masas movilizadas pudieran desarrollarse:

La diferencia que existe entre el caso de Inglaterra o de otros países occidentales y el caso de América Latina depende, pues, de un grado distinto de correspondencia entre la movilización gradual de una proporción creciente de la población (hasta alcanzar su totalidad) y la aparición de múltiples mecanismos de integración: sindicatos, escuelas, legislaciones sociales, partidos políticos, sufragio, consumo de masa, que son capaces de absorber estos grupos sucesivos y de proporcionarles medios de expresión adecuados al

nivel económico y político, como en otros terrenos fundamentales de la cultura moderna (1973: 25).

El populismo sería en América Latina la expresión de una sociedad que se encuentra en el camino intermedio hacia una sociedad urbana, moderna, racional y democrática. En este mismo sentido, la superación del populismo tendría que suponer la superación de esa etapa de subdesarrollo para encaminarse hacia una sociedad moderna y democrática.

Por su parte, para Torcuato di Tella (1973) el populismo tendría su origen cuando en los países en vías de desarrollo las masas y capas medias en ascenso se ven influenciadas por el llamado “efecto demostración”:

Los medios de comunicación de masas elevan los niveles de su público, en particular en las ciudades y en el caso de las personas educadas. En lo que con acierto se le ha llamado revolución de las aspiraciones [...] En cuanto se ha levantado la tapa de la sociedad tradicional, nadie puede predecir cuánta será la presión que buscará salida [...] Pero la expansión económica queda rezagada, agobiada por la explosión demográfica, por la falta de capacidad organizativa o por la dependencia con respecto a los mercados y el capital extranjeros, o aun por esfuerzos prematuros a favor de la redistribución. Necesariamente se produce un atolladero, al subir las aspiraciones muy por encima de las posibilidades de satisfacerlas (1973: 41).

Desde la perspectiva que hemos llamado histórico-estructural, el paso de la sociedad rural a la urbana, de lo tradicional a lo moderno, de la economía de rasgos precapitalistas al desarrollo pleno del capitalismo, tuvo sus efectos sobre una sociedad que rompió con el orden establecido y comenzó a demandar nuevas reivindicaciones. Los entonces nuevos trabajadores proletarizados de la ciudad fundaron organizaciones obreras para exigir mejores condiciones de trabajo, mientras las clases medias formadas por profesionistas, funcionarios públicos, estudiantes, profesores y comerciantes demandaron también nuevos derechos de participación política y económica. Este quiebre histórico respecto del orden previo establecido por la sociedad rural tradicional, por el poder de las oligarquías terratenientes, sólo pudo hacerse efectivo gracias al surgimiento de líderes políticos que lograron cristalizar esa efervescencia social para transformarla en una lucha política por el poder contra el *statu quo*. Sin estas condiciones, el populismo no habría tenido oportunidad de surgir.

Lo sugerido tanto por Germani, como por Di Tella caracteriza a un fenómeno en que las condiciones de su surgimiento sólo puede darse en países subdesarrollados, quienes no solamente cuentan con condiciones de atraso y dependencia, sino además con un referente de progreso y fuente de aspiraciones. En las sociedades europeas que en algún momento de su desarrollo también pasaron de la sociedad rural a la urbana, el populismo no habría surgido precisamente por la falta de estos dos elementos. A decir de Raimundo Frei y Cristóbal Rovira:

Bajo la primacía de la teoría de la modernización y del estructural-funcionalismo fue concebido el populismo como una fase de transición de una economía agraria a una industrial, la cual se distingue por la irrupción de líderes carismáticos que ocupan el Estado para promover la industrialización económica y establecer un orden político que busca satisfacer las necesidades del pueblo. Particularmente llamativo resulta el hecho de que se trata de un fenómeno específicamente latinoamericano, en cuanto en esta región no emergió, ni el fascismo, ni el socialismo, y el desarrollo económico no fue lo suficientemente exitoso para dar vida a un Estado de Bienestar como en Europa Continental (2008: 124).

Esta perspectiva que hemos denominado histórico-estructural plantea que el populismo fue consecuencia de condiciones históricas en transición, del paso de la sociedad rural a la urbana, de las luchas por la participación democrática y de aspiraciones de las masas excluidas, entre ellas las clases medias. Efectivamente, los gobiernos populistas respondieron a estas demandas y abrieron el paso a la urbanización e industrialización de las grandes capitales de sus respectivos países, ello en consonancia con la generalización del patrón de acumulación dominado por el fordismo y la producción en serie. Esta reconfiguración del capital a nivel internacional, que incluyó a las economías de América Latina, también significó un reacomodo entre los capitales nacionales, los nuevos industriales frente a los capitales agrarios tradicionales, con sus consecuencias políticas en la lucha por la dirección del Estado. Los gobiernos populistas habrían sido la expresión de esta estructura transitoria del capitalismo en América Latina.

Aunque el concepto de populismo en aquella etapa del desarrollo capitalista ofrece una explicación bastante representativa de la realidad, es de poca utilidad para representar los tiempos actuales en que los países latinoamericanos son mayoritariamente urbanos, con un fuerte predominio industrial y de servicios, así como una democracia que, aunque limitada, es más abierta. Incluso cuando en las últimas décadas el sector primario latinoamericano –donde se ubican la mayor parte de las actividades económicas rurales– ha retomado cierto dinamismo debido al incremento de los precios de los *commodities*, su peso relativo frente al resto de la economía le impide tener la influencia política que tuvo a principios y mediados del siglo XX.² Al mismo tiempo, las estructuras democráticas actuales cuentan con espacios formales de participación más amplios que en los años previos a la aparición de los populismos clásicos,

² Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2020), en el conjunto de los países de América Latina y el Caribe, el peso relativo del sector primario en el Producto Interno Bruto (PIB) pasó de 11.4% a 9.3% entre el año 2000 y 2019. La misma tendencia se presentó en las principales economías latinoamericanas como Argentina, Chile, Colombia y México, con excepción de Brasil, donde el sector primario aumentó su peso relativo de 6.3% a 8.2% en el mismo periodo. A su vez, aunque el peso relativo del sector primario en las exportaciones de América Latina y el Caribe pasó de 42.3% a 48.1% entre los años 2000 y 2019, con un máximo de 59.1% en 2011, en el año de 1962 las exportaciones primarias representaban 95% del total de la región.

desde el sufragio femenino, una mayor diversidad de partidos políticos que apuntan a representar a sectores diversos de la población hasta elementos como el presupuesto participativo, los plebiscitos y las consultas ciudadanas, entre otros, que a su vez limitan la vigencia histórica y la popularidad de la vía armada como forma de asumir el poder político, pero no así el ascenso del populismo.

Sin embargo, esta perspectiva también ofrece algunos elementos que nos permiten dar una idea de los aspectos estructurales del concepto, como las disputas por el poder político entre sectores de clases y la influencia que ejerce el momento del desarrollo capitalista. Una revisión del concepto debería contemplar justamente estos elementos a la hora de intentar explicar la realidad del siglo XXI en que, si bien no se disputa una transición de lo rural a lo urbano, sí existen tensiones intercapitalistas que se corresponden con el patrón tecnológico vigente de la producción flexible y global, de las telecomunicaciones y la informática, que van a dar una configuración histórico-particular a la lucha de clases y las disputas por el poder político.

PERSPECTIVA ECONOMICISTA

Esta segunda perspectiva, tiene como característica particular, entender al populismo como un fenómeno que puede describirse desde las políticas económicas aplicadas por los gobiernos. Tomando como referencia la experiencia histórica del populismo clásico, periodo de dominio ideológico de la teoría económica keynesiana, se identifica a un gobierno como populista cuando, retomando aquellas políticas de intervención del Estado en la economía, se combate la pobreza, la desigualdad, el desempleo y hasta la inflación mediante la expansión del gasto público, el déficit fiscal, controles de precios y aumentos salariales. La aplicación de estas políticas económicas en un principio conllevó una mejora en los indicadores económicos y sociales en el corto plazo, pero ante las oscilaciones de la actividad económica, propias del capitalismo, en el largo plazo el déficit fiscal y la deuda pública terminaron siendo insostenibles, teniendo como resultado nuevos desequilibrios económicos con sus respectivas consecuencias políticas para los gobiernos llamados populistas. Esta perspectiva es frecuentemente referenciada a través de los trabajos realizados y recopilados por Rüdiger Dornbusch y Sebastian Edwards. Según estos autores, se entiende por populismo a

[...] un enfoque del análisis económico que hace hincapié en el crecimiento y la redistribución del ingreso, y minimiza los riesgos de la inflación y el financiamiento deficitario, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos ante las políticas “agresivas” que operan fuera del mercado (1990: 121).

La experiencia ha mostrado que efectivamente los gobiernos populistas tendieron a utilizar programas económicos heterodoxos que en el largo plazo fracasaron en alcanzar

sus objetivos, aunque no siempre haya sido únicamente por malas decisiones de política económica.³ Tal es el caso del gobierno de Salvador Allende en Chile que, si asumiéramos su gobierno como populista según esta perspectiva, encajaría en tal descripción:

La concepción macroeconómica de la Unidad Popular no reconocía que sus políticas sólo podrían generar una oleada de actividad económica que sería insostenible en el mediano plazo si no se manejaba con gran cuidado la transición de la recuperación al crecimiento sostenido. De igual modo, los tecnócratas de la UP subestimaban grandemente el papel de las expectativas y la capacidad de la población para reaccionar ante las presiones inflacionarias severas (Dornbusch y Edwards, 1990: 132).

En otro caso paradigmático, se asocia a Getulio Vargas como populista debido a la amplia intervención de su gobierno en la economía brasileña, a pesar de que, a diferencia de otros gobiernos, era consciente de la importancia de los factores económicos de corto plazo:

Las lecciones que se pueden obtener a partir del periodo de Vargas ayudan a clarificar la intersección entre populismo y economía. Primero que nada, el populismo tiene una tendencia inevitable a promover la centralización del poder económico. Esto, a su vez, lleva a la economía hacia la nacionalización y la excesiva regulación de las actividades privadas (Rabello y Roni, 1991: 157).

El populismo entonces, es expresado a partir de una orientación particular de las políticas de intervención del Estado en la economía, con fuerte peso distributivo y regulatorio, esencialmente a través de medidas de corto plazo que no siempre pueden sostenerse en el tiempo, en circunstancias en que la desigualdad, la pobreza y la crisis económica han debilitado el orden establecido. Pero resulta complicado establecer similitudes con los gobiernos de la última década que se asocian al populismo, pues a pesar de haberse opuesto a las políticas económicas neoliberales y retomar las intervenciones estatales distributivas del ingreso, mantienen vigentes, en buena medida, las medidas económicas propias del neoliberalismo, como lo fue en el caso del gobierno de Lula da Silva en Brasil:

La señal dada por la Carta al pueblo brasileño no podía ser más clara: el gobierno de Lula acató y acordó, y todo lo que está implícito en ello, el mantenimiento de las metas inflacionarias, la política de megasuperávit fiscal primario para pagar el creciente servicio de la deuda pública, el mantenimiento del grado y profundidad de las reformas neoliberales realizadas hasta entonces, así como la implementación de nuevas reformas todavía inconclusas, como la de las jubilaciones, la laboral y la sindical (Dias Carcanholo, 2010: 113).

³ No fue así el caso del gobierno de Lázaro Cárdenas en México, quien siguiendo una trayectoria de políticas nacionalistas, impulsó un conjunto de medidas económicas heterodoxas que no solamente hicieron crecer económicamente al país, sino que dejó una base estructural y una tendencia de política económica que se convirtieron en el sustento del crecimiento económico durante las siguientes décadas. Entre esas políticas se pueden destacar el reparto agrario y la nacionalización de las empresas petroleras.

Si comparamos el gobierno de Lula da Silva con los gobiernos que le precedieron, al menos en el corto plazo, no puede cuestionarse el éxito relativo en cuanto a la reactivación de la actividad económica con disminución de la pobreza, estabilización de la inflación y la reducción del peso de la deuda respecto del presupuesto público, todo gracias a una intervención decidida del gobierno que incluyó un amplio catálogo de transferencias hacia la población de menores recursos, siendo *Fome Zero* uno de los programas estrella. Sin embargo, los aspectos estructurales que producen la pobreza y la desigualdad, y que a su vez sostienen el poder económico de las oligarquías brasileñas no fueron lesionados sino reforzados, al grado que bastó un debilitamiento de la actividad económica de carácter coyuntural para que dichas oligarquías retomaran el poder mediante un golpe parlamentario al gobierno de Dilma Rousseff.

Paradójicamente, bajo los gobiernos de Rafael Correa y Evo Morales, íconos de los recientes populismos, el extractivismo siguió siendo una de las principales fuentes de divisas y recursos para el impulso de las políticas sociales que les dieron popularidad.⁴ Resulta contradictorio que las actividades que detentan las oligarquías locales, y por las cuales se ha mantenido el vínculo de dominación con los países desarrollados, sean las mismas que han prosperado durante los gobiernos que se dicen combatir al neoliberalismo y toda forma de dominación sobre sus países. A decir de Edgardo Lander,

[...] con estos gobiernos se ha profundizado el desarrollo extractivista y ha crecido el peso del sector primario exportador, contribuyendo de esa manera a suministrar los insumos requeridos para alimentar la lógica depredadora global, contribuyendo así a consolidar al orden capitalista contra el cual se luchaba. Un nuevo consenso continental, el *consenso de los commodities* es compartido por todos los gobiernos suramericanos, independientemente de su signo político (Lander, 2015: 9).

También es cierto que la debilidad de la estructura económica de los países latinoamericanos ha obligado tanto a gobiernos de derecha como de izquierda, neoliberales y antineoliberales, a mantener los vínculos de dependencia con los países desarrollados, sobre todo en momentos en que esas actividades encuentran precios internacionales más rentables. De esta forma, a partir de juzgar la política económica de los países latinoamericanos actuales, se torna complicado establecer una diferencia entre gobiernos populistas y no populistas, puesto que las economías latinoamericanas se encuentran subordinadas por condiciones estructurales imposibles de cambiar en el corto plazo.

De una u otra forma, es verdad que los gobiernos populistas tienden a intervenir en la economía, especialmente en los esfuerzos por la distribución del ingreso, pero

⁴ Se calcula que Bolivia tiene las mayores reservas de litio en el mundo, mineral estratégico para la industria electrónica y sus derivados. Por su parte, el gobierno de Rafael Correa aumentó sostenidamente sus explotaciones de oro y petróleo, generando recurrentes conflictos con las comunidades indígenas de las zonas en explotación.

resulta difícil entender su significado a través de determinadas políticas económicas, sobre todo cuando, obligados por sus condiciones estructurales y las circunstancias de una economía en quiebra, un gobierno popular se ve orillado a mantener medidas económicas ortodoxas para no debilitar más la economía y sostener el apoyo popular basado en las expectativas de corto plazo. Además, es cada vez más frecuente que los gobiernos neoliberales apliquen políticas sociales de transferencias monetarias para evitar las condiciones económicas y sociales que abren la puerta a la irrupción populista, lo cual ha hecho que a su vez se desdibuje la línea divisoria entre gobiernos populistas y neoliberales, al menos desde la perspectiva economicista. Asimismo, la intervención del Estado en la economía es de hecho intrínseca a la existencia del Estado, por lo que conviene diferenciar entre aquella intervención orientada a fortalecer la reproducción de capital –donde el aumento de los salarios y la mejora de las condiciones sociales son producto de la combinación del aumento de la productividad y las luchas obreras– de aquella intervención estatal que busca beneficiar a un sector de la población mediante políticas sociales que no tiene por precondition el aumento de la productividad, generando una dinámica insostenible en el largo plazo.

Por estas razones, si bien una definición precisa sobre el populismo debería tomar en cuenta las medidas económicas tomadas por los gobiernos, a su vez debería incorporar los factores políticos, sociales y hasta históricos que se juegan dentro de un gobierno que se supone populista.

PERSPECTIVA DISCURSIVA

En la última década, una de las perspectivas más recurridas para identificar un gobierno o líder populista consiste en el análisis de su discurso. Según quienes sostienen esta posición, el populismo sería resultado de un discurso que divide a la sociedad en polos antagónicos, mientras quienes lo emplean se dicen representar al pueblo.

Entre los trabajos más citados podemos encontrar los de Ernesto Laclau, quien sostiene que “sólo hay populismo si existe un conjunto de prácticas político-discursivas que construyen un sujeto popular, y la precondition para el surgimiento de tal sujeto es [...] la construcción de una frontera interna que divide el espacio social en dos campos” (2009: 64). Según Laclau, el populismo surge en un momento en que diversas demandas sociales se agrupan sobre la base de que todas permanecen insatisfechas, las cuales tienden a identificarse para generar una cadena de equivalencias que a su vez serán condensadas mediante lo que llama “significante vacío”. Por su parte, el líder populista se encarga de la construcción discursiva del enemigo: el *statu quo*, el *ancien régime*, la oligarquía, etc., es decir, “el ellos”, y donde el líder populista que encarna el significativo vacío de contenido y agrupa las demandas insatisfechas representa al pueblo, es decir, “el

nosotros”. Estos dos elementos, el antagonismo discursivo y el significante vacío –junto a un tercer factor que es más bien la evolución del segundo– son los elementos que para Laclau constituyen al populismo:

Ya tenemos dos claras precondiciones del populismo: (1) La formación de una frontera interna antagonica separando el “pueblo” del poder; (2) Una articulación equivalencial de demandas que hace posible el surgimiento del “pueblo”. Existe una tercera precondición que no surge realmente hasta que la movilización política ha alcanzado un nivel más alto: la unificación de estas diversas demandas –cuya equivalencia, hasta ese punto, no había ido más allá de un vago sentimiento de solidaridad– en un sistema estable de significación (2006: 99).

Esta conceptualización de Laclau ha servido para que desde esta perspectiva se identifique como populista a cuanto líder político dice representar los intereses de algún grupo social identificado como pueblo respecto a “el otro”. En palabras del propio Laclau:

Un movimiento o una ideología –o, si ponemos ambos bajo su género común, un discurso– va a ser más o menos populista dependiendo del grado en que sus contenidos son articulados por lógicas equivalenciales. Esto significa que ningún movimiento político va a estar completamente exento de populismo, porque ninguno va a dejar de interpelar hasta cierto punto al pueblo contra un enemigo, mediante la construcción de una frontera social (2009: 68).

Desde esta perspectiva, se clasificó como populistas a los ex presidentes Alberto Fujimori y Carlos Menem porque llegaron al poder de sus respectivos países capitalizando la crisis económica y explotando un discurso que aseguraba más intervención del Estado para proteger a los trabajadores. En esta perspectiva, la esencia del populismo se encuentra en la construcción discursiva de un enemigo, así como en el carisma y la promesa de soluciones a los efectos de alguna crisis económica. En este mismo sentido se suele identificar a presidentes como Hugo Chávez, Lula da Silva o Rafael Correa entre el catálogo de populistas del mismo modo que se identifica a los neopopulismos de los noventa, y más recientemente a personajes como Donald Trump. Aunque el populismo siempre estuvo asociado a gobiernos de izquierda, en la perspectiva discursiva el signo político –y la pertenencia de clase– es irrelevante, por lo que se suele identificar a líderes populistas de izquierda y de derecha.

Desafortunadamente, una variante de esta perspectiva ha ido prescindiendo de sus elementos discursivos de antagonismo y construcción del sujeto social, para representar al populismo como un simple sinónimo de demagogia, y un estilo de hacer campañas políticas:

El populismo fue un estilo expansivo de hacer campañas electorales, de políticos pintorescos y carismáticos que podían atraer masas de nuevos votantes a sus movimientos y mantener su lealtad indefinidamente, incluso después de muertos. Inspiraban un sentido

de nacionalismo y orgullo cultural entre sus seguidores, y prometían también darles una vida mejor (Conniff, 2012: 4).

En el sentido de la cita anterior, la campaña electoral de Donald Trump bien podría identificarse en el marco del populismo. Los discursos antiinmigrantes y el eslogan *Make America Great Again*, identifican a un enemigo común que daña a la nación y la promesa de un futuro mejor para los nacionales estadounidenses.

Sin embargo, el uso del concepto de populismo como discurso o adjetivo peyorativo ha hecho que dicho concepto vaya perdiendo utilidad para representar un nivel de la realidad que se vive con frecuencia en América Latina: las alianzas interclasistas. Por ello, consideramos necesario revisar al concepto de populismo desde la identificación de la lucha de clases, como sucede con la siguiente perspectiva.

PERSPECTIVA DESDE LA LUCHA DE CLASES

Desde el inicio de la construcción del concepto de populismo, el análisis desde la lucha de clases había sido uno de los ejes principales para su estudio, marcando buena parte de los debates entre los años cincuenta y setenta del siglo pasado.

Si nos remontamos a los orígenes del concepto, podemos identificar al concepto de bonapartismo como su precursor. Friedrich Engels había descrito al bonapartismo como un enfrentamiento entre distintas clases, las cuales quedaban neutralizadas por una fuerza externa que se elevaba en apariencia por encima de las clases, pero que en verdad permitía mantener el orden esencial vigente, a saber, el de la explotación de una clase sobre otra:

La característica del bonapartismo, tanto respecto de los obreros como de los capitalistas, es que les impide batirse entre ellos. Dicho de otra manera, defiende a la burguesía contra los ataques violentos de los obreros, favorece las pequeñas escaramuzas pacíficas entre las dos clases, quitando tanto a unos como a otros toda especie de poder político (1865: s/p).

En trabajos posteriores, Antonio Gramsci abordó la misma cuestión desde el concepto de Cesarismo, analizándolo como una lucha catastrófica en la que interviene un agente externo dominando lo que queda de las clases en disputa, aunque manteniendo el régimen de explotación:

Se puede decir que el Cesarismo expresa una situación en la cual las fuerzas en lucha se equilibran de una manera catastrófica, o sea de una manera tal que la continuación de la lucha no puede menos que concluir con la destrucción recíproca. Cuando la fuerza progresiva A lucha con la fuerza progresiva B, puede ocurrir no sólo que A venza a B o viceversa, puede ocurrir también que no venzan ninguna de las dos, que se debiliten recíprocamente y que una tercera fuerza C intervenga desde el exterior dominando a lo que resta de A y de B (1981: 369).

A partir de trabajos como éstos, en América Latina se comenzó a analizar los gobiernos populares de principios del siglo XX, tomando como referencia al bonapartismo. Lev Trotsky, en su exilio en México, caracterizó al gobierno de Lázaro Cárdenas como un tipo de bonapartismo que, si bien no encajaba en el modelo original, sí mantenía muchos de sus elementos:

En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional, en relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno gira entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional, y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capitalismo extranjero, y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros. La actual política [del gobierno mexicano] se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras (1939: s/p).

Décadas más tarde, cuando el populismo ya prácticamente había desaparecido de la escena política, pero con la ventaja de mirar al fenómeno en retrospectiva, el sociólogo brasileño Octavio Ianni señalaba:

Mi preocupación es contribuir a la explicación del populismo como un fenómeno que revela antagonismos de clase, en una situación en que, precisamente, las relaciones antagónicas parecen apagadas. En ese espíritu, procuro ver en qué medida el fracaso del experimento populista no es sino una manifestación real y más clara del desarrollo de las clases que componen la alianza populista (1975: 10).

Ianni reconoció dos tipos de populismos, lo que llamó “populismo desde arriba” y “populismo de las masas”. En el caso del primero: “se trata del populismo de las élites burguesas y de las clases medias, que utilizan tácticamente a las masas obreras y a los sectores más pobres de la clase media” (1975: 18). En el segundo caso: “el populismo de las propias masas, esto es, de los obreros, de los emigrantes de origen rural, de los grupos sociales pertenecientes a la clase media baja, de los estudiantes universitarios radicales, de los intelectuales de izquierda, de los partidos políticos de izquierda” (1975: 19).

En términos generales, Ianni interpreta al populismo de las masas como una alianza implícita entre distintas clases, en la que se agrupan la clase trabajadora y un sector de la burguesía en contra de una oligarquía. En esta alianza se condensan las demandas y aspiraciones comunes de dos sectores de clase paradójicamente opuestos, pero que convergen en la necesidad de reconfigurar el orden capitalista:

Para unos, está en juego el ascenso económico y social; para otros la posibilidad de un capitalismo nacional, o más autónomo; para unos y otros, en escala variable, se trata de emancipar al país del latifundio y del imperialismo. Con todo, para la gran mayoría la alianza táctica entre las clases sociales es una realidad tan marcada que encubre razones estratégicas subyacentes. Tanto a nivel ideológico, como en el de la práctica política cotidiana, el desarrollismo nacionalista adquiere el carácter de una estrategia posible, primordial y urgente de progreso (1975: 122).

Por la naturaleza interclasista del populismo, Ianni señala que se trata de una alianza temporal que sólo se mantiene vigente mientras cumple con los objetivos más inmediatos para las clases que componen la alianza, y donde el alcance de sus acciones se encuentra dentro de los límites de la reproducción capitalista:

El pacto populista siempre se rompe cuando la burguesía se siente suficientemente fuerte y ya no quiere seguir dividiendo o negociando las decisiones; o cuando los trabajadores llevan sus reivindicaciones políticas o económicas más allá de las conveniencias del Estado capitalista. En estas ocasiones, la burguesía se une y, cuando es necesario, apela a las fuerzas armadas para, con su ayuda, imponer el orden o la paz a las clases asalariadas, particularmente al proletariado (1975: 54).

El trabajo de Ianni nos arroja luz sobre los elementos que constituyen al concepto de populismo para representar un nivel de la realidad política de América Latina. Los gobiernos populistas tendrían la función de reforzar los mecanismos de reproducción de capital para un sector de la burguesía. Gobiernos que enfrentan la contradicción de mantener y reforzar el orden capitalista, al mismo tiempo que mejoran las condiciones laborales desde las cuales se lleva a cabo la explotación del trabajo.

Desafortunadamente, esta línea de investigación fue prácticamente abandonada desde hace algunas décadas, por lo que el análisis de las relaciones de clase se encuentra fuera de los debates actuales sobre el populismo. Asimismo, los estudios de autores como Ianni (1975), Weffort (2003) o Vilas (1988), no permiten llegar a una definición precisa sobre el concepto de populismo, pero sí explorar el fenómeno desde las relaciones de clase, con lo cual puede recuperarse el debate en los tiempos actuales.

CONCLUSIONES

Con el objetivo de aportar al debate sobre el concepto de populismo, en este trabajo hemos mostrado algunos de sus elementos constitutivos a partir de cuatro distintas perspectivas, que si bien resultan distintas, contienen elementos comunes que pueden aportar a la construcción de una concepción más definida sobre qué es el populismo y cuál es su alcance para representar los fenómenos políticos de la actual realidad en América Latina.

Nos parece que el debate todavía debe evolucionar hacia la búsqueda de la esencia del populismo, más allá de sus formas de expresión. La dificultad en la búsqueda de esa esencia radica en encontrar qué es lo que se juega detrás de esas expresiones discursivas, de las políticas económicas aplicadas y los contextos político-sociales que ocurren dentro del desarrollo del modo de producción capitalista, como la urbanización y los intentos de industrialización autónomos durante el llamado “populismo clásico”, la tendencia a la tercerización de las economías y la vinculación a la producción flexible en las últimas décadas, así como el tipo de alianzas políticas que se generan entre los distintos sectores de la clase trabajadora y burguesa, en un momento histórico y una coyuntura particular.

Lejos de aportar una propuesta concreta para la definición del populismo, consideramos clave que la definición de este concepto debería ser capaz de identificar elementos constitutivos y estructurales que tomen en cuenta a los grupos sociales, a partir de su pertenencia de clase, así como el momento del desarrollo capitalista en el que se desenvuelven, tal y como se propone en la perspectiva desde la lucha de clases. Esto porque resulta imposible identificar las características de un fenómeno político, a través de sus múltiples expresiones, mientras que la configuración del capitalismo contemporáneo establece un orden particular de desarrollo, de las economías sobre las cuales puede confundirse la toma de decisiones económicas de tal o cual gobierno que pueda ser asociado al populismo.

Identificar estos elementos constitutivos y estructurales permitiría a su vez establecer la especificidad del populismo clásico y los nuevos populismos, en razón de encontrar un hilo conductor para reconocer experiencias populistas futuras.

La diversidad de perspectivas desde las que se aborda al populismo muestra que el concepto está todavía lejos de ser consensado, mientras las experiencias de los recientes gobiernos de índole popular en América Latina muestran que se trata de un fenómeno recurrente, todavía incomprendido.

REFERENCIAS

- CONNIFF, M. (2003); “Neo-populismo en América Latina. La década de los 90 y después”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1, pp. 31-38, Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- _____, ed. (2012); *Populism in Latin America*. Estados Unidos: The University of Alabama Press.
- DE LA TORRE, C. y PERUZZOTTI, E., eds. (2008); *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*, Ecuador: FLACSO.
- DI TELLA, T. (1973); “Populismo y reformismo”, en G. Germani, T. di Tella y O. Ianni (eds.), *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México: Era, pp. 38-82.

- DIAS CARCANHOLO, M. (2008); “Duas décadas de neoliberalismo no Brasil: a economia política da continuidade”, en *Periferias*, año 12, núm. 16, pp. 173-197, Argentina: Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas.
- DORNBUSCH, R. y EDWARDS, S. (1990); “La macroeconomía del populismo en la América Latina”, *El Trimestre Económico*, vol. LVII, núm. 225, pp. 121-162, México: Fondo de Cultura Económica.
- DRAKE, P. (1992); *Socialismo y populismo en Chile, 1936-1973*, Chile: Universidad Católica de Valparaíso.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2020). *CEPALSTAT. Bases de Datos y Publicaciones Estadísticas*. Consultado el 22 de octubre de 2020 en <https://cepalstat-prod.cepal.org/cepalstat/Portada.html>
- ENGELS, F. (1865); “The Prussian military question and the German workers’ party”. Consultado el 31 de mayo de 2020 en <https://www.marxists.org/archive/marx/works/1865/02/12.htm>
- FREI, R. y ROVIRA, C. (2008); “El populismo como experimento político: historia y teoría política de una ambivalencia”, en *Revista de Sociología*, núm. 22, pp. 117-140, Chile: Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Chile.
- GARCÍA, R. (2003); “Las raíces del populismo. Los movimientos populistas del siglo XIX en Rusia y Estados Unidos”, en *Revista Argumentos*, núm. 63, pp. 267-288, México: UAM-X.
- GERMANI, G. (1973); “Democracia representativa y clases populares”, en G. Germani, T. di Tella y O. Ianni (eds.), *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México: Era, pp. 12-37.
- GRAMSCI, A. (1981); *Escritos políticos (1917-1933)*. México: Ediciones Pasado y Presente, Siglo XXI.
- IANNI, O. (1975); *La formación del Estado populista en América Latina*. México: Era.
- LACLAU, E. (2009); “Populismo: ¿qué nos dice el nombre?”, en F. Panizza (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, pp. 51-70.
- (2005); *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LANDER, E. (2015); “Neo-extractivismo – un modelo de desarrollo controvertido y sus alternativas”, en *Perspectivas América Latina*, núm. 1. pp. 8-11, Fundación Heinrich Böll Stiftung.
- MARX, K. (1978); *Miseria de la filosofía*, 10a edición. México: Siglo XXI.
- RABELLO DE CASTRO, P. y RONI, M. (1991); “Sixty years of populism in Brazil”, en *The macroeconomics of populism in Latin America*. Estados Unidos: The University of Chicago Press, pp. 151-173.
- TROTSKY, L. (1935); “El Estado obrero, termidor y bonapartismo”, en *The New International*. Consultado el 31 de mayo de 2020 en http://www.ceip.org.ar/escritos/Libro4/html/T06V127.htm#_ftn1
- VILAS, C. (1988); “El populismo latinoamericano: un enfoque estructural”, en *Desarrollo Económico*, vol. 28, núm. 111, pp. 323-352, Argentina: Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- WEFFORT, F. (2003); *O populismo na política brasileira*. Brasil: Paz e Terra.

